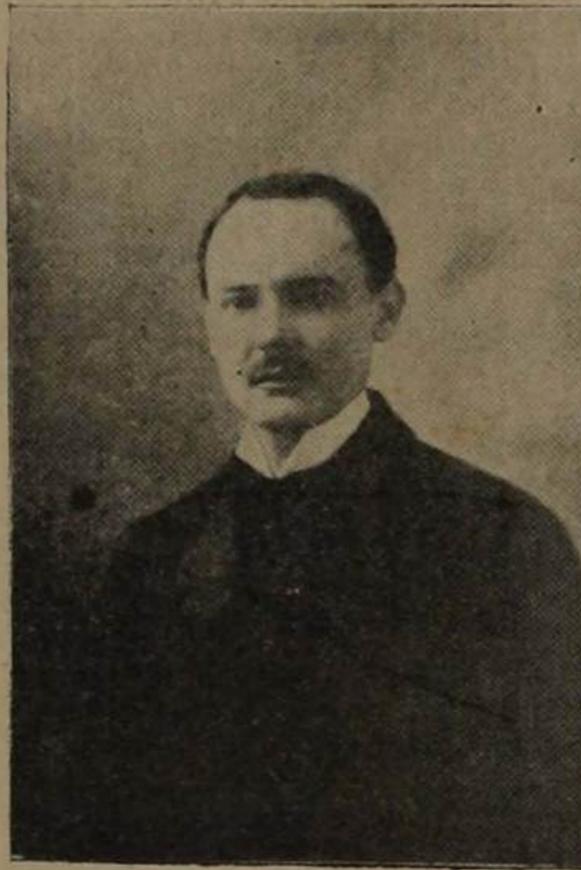


# INVITACION AL VIAJE

Cornelio Hispano salió a fines de marzo pasado para Europa. Va como Consejero de la Legación de Colombia en España. Va a hacer una peregrinación espiritual, por tierras lejanas largamente amadas al través de los libros, de la historia y de la imaginación de un genuino poeta.

En el hermoso artículo que publicamos, él traza el programa lírico de su viaje, y evoca las tierras que va a visitar, en esa prosa vibrante y sugestiva que ha dado a Hispano la vasta fama de escritor que tiene, prosa que se lee con deleite y cuyo valor es unánimemente reconocido por cuantos aman las bellas letras y saben apreciar la elegancia de un estilo que como pocas veces luce en este artículo admirable, saturado del más ardiente sentimiento de la belleza.



CORNELIO HISPANO

**H**AY en ese libro acre y tan profundamente humano de Baudelaire, *Les fleurs du mal*, bajo el nombre de *Spleen et idéal*, una poesía que recuerda el maravilloso *Viaje a Citeres* de Watteau por su poder evocador y el sortilegio con que parece adormecernos como en un sueño sin fin:

Mon enfant, ma soeur,  
songe a la douceur  
d'allez la-bas vivre ensemble!  
Aimer a loisir,  
aimer et mourir  
au pays qui te ressemble!...  
La splendeur orientale  
tout y parlerait  
a l'ame en secret  
sa douce langue natale...

También Tristán Klingsor escribió:

Quisiera partir hacia islas florecidas,  
escuchando cantar el mar perverso,  
en un viejo ritmo hechizador...  
Quisiera ver ojos sombríos de amor  
y pupilas brillantes de alegría  
en pieles amarillas como naranjas...

Y Chateaubriand decía:

«Je me rapelle que dans mon enfance je passais des heures entières a voir, avec je ne sais quel plaisir triste, voltiger les hirondelles en automne: un secret instinct me disait que je serais voyageur comme ces oiseaux».

¡Y quién que ha tomado la vida por el lado poético, no ha sentido, en un día de indecible nostalgia, ese anhelo de ver tierras lejanas, de surcar el mar azul que a nuestro oído parece murmurar su eterna invitación al viaje!

Partir para saborear la sensación del viaje y sentirnos como ausentes de nosotros mismos y rejuvenecidos, lejos de la diaria rutina y de las cosas tan sabidas que nos rodean. Para vivir la verdadera vida y mejor sentirse a sí mismo: Es menester—decía el Emperador Marco Aurelio—contemplar el curso de los astros como si nosotros fuéramos arrastrados en sus revoluciones. Es preciso pensar sin cesar en las transformaciones de los elementos porque esas consideraciones purifican las escorias de la vida terrenal.

Los viajes, ampliando el horizonte, hacen más fácil esa labor de perspectiva y de conjunto. Pascal citaba siempre la máxima de Buffon: «Rassemblez des faits pour avoir des idées». Sólo así podemos apreciar lo pequeño que somos, lo precario de nuestra existencia, la mezquindad de las pasiones humanas que tanto nos hacen sufrir, la insignificancia de los accidentes que nos abruma, lo nada que representa en la vasta serie de las edades y de las generaciones el bullicio contemporáneo. De ahí que los Padres de la Iglesia, como San Jerónimo, compararan la vida humana a un viajero que se encamina hacia un lugar determinado; de ahí también la tristeza de los viajes, porque todo lo que termina es triste, aun la peregrinación apasionada por las más bellas tierras de ensueño del mundo.

Viajar para admirar las obras maestras del arte en los mismos sitios

donde fueron creadas, bajo el mismo cielo y en el propio ambiente que las vió nacer; para respirar el aire libre y embalsamado de las florestas legendarias del mundo, que con las montañas, el mar y los ríos son más bellos y seductores que esas mismas obras maestras.

Navegar los mares, aquellos inefables mares de que nos habla la Neucónce del poeta:

La mer voluptueuse ou  
chantaient les Sirènes;

los mares mediterráneos por donde surcó toda la civilización del mundo antiguo; mares de Oriente que eran para los griegos del siglo de Pericles: azules, como los más lindos ojos de mujer; ondulantes, como sus crespas cabelleras; turbadores y peligrosos como las Sirenas que en ellos ocultan su fatal atractivo y su misterio. Mares cuyos nombres son tan dulces al oído de los amantes de los antiguos autores: el Egeo, el Mirto, el Jonio, el Sículo, el Tirreno, por donde el ingenioso Ulises erró sin tregua; la mar sagrada de la Odisea que estelaron en otro tiempo, en galeras y trirremes, los viejos poetas y los viejos sabios; mares que oyeron las canciones de Homero y las sentencias de Solón, y en donde, en los primeros siglos del error cristiano, cuando el reino de la Santa Naturaleza terminaba, Thamas, patrón de un barco africano, oyó voces en las sombras que lo llamaban por su nombre, y le decían: «Cuando llegares a las Islas Palodes, dirás: Pan, el gran Pan, ha muerto!» El mar que, al salir de Massilia, una tarde de otoño, al caer la noche, inspiró a Jules Tellier su más hermosa página de humanista y saturnino.

Recorrer, oh dulce viaje!, las costas azules y las tierras de sol de Mediodía de Francia, iluminadas de ese ambiente ideal que admiramos en los paisajes de Claudio Lorena. La Provenza, que es como una colonia de la vieja Grecia; ver a Arlés y leer a Mistral bajo los negros cipreses de Maillane, a cuya sombra Paul Aréne, el poeta cantor de las cigarras, invitaba a Anatole France si quería convertirse en verdadero griego. Ver también el Languedoc, que tanto debe asemejarse al Valle caucano, con sus bosques, sus cortijos y sus agrestes aldeas de Gallac y Andillac, Lentin, Teoulé y Cordes, y el castillo perigordiano del Cayla, donde vivieron, escribieron sus diarios y sus cartas, y murieron